

LETRAS

LETRILLAS

L&TRONES



+Helena y Octavio Paz: una relación compleja y entrañable.

68

LETRAS LIBRES
MAYO 2014

CARTA A LA HIJA DE POETA A POETA

ENRIQUE KRAUZE

Un día de 1983, luego de la esperada reconciliación con su hija Helena tras muchos años de no verla, Octavio Paz le escribió una carta. En la parte final decía: “Vi un laurel la otra mañana y ese árbol me recordó un poema de Yeats que quise leerte [tachado] cuando eras niña y del que ahora –sigues siendo niña para mí– te digo dos estrofas.” El poema se titulaba “A Prayer for My Daughter”. Paz lo transcribió en inglés. Estas son las estrofas, traducidas por Julio Hubbard:

Que florezca como árbol escondido,
que sea su razón como un jilguero,
sin otro asunto que esparcir en

[torno

la magnanimidad de su sonido,
y solo por el goce emprenda caza,
y solo por el goce inicie un pleito.
O viva y reverdezca cual laurel
que eche raíces en lugar querido.

Mi mente, como aquellas que he
[amado,
o el tipo de belleza que he elegido,
avanza poco, se ha ido secando,
pero sabe que ahogarse con el odio
bien puede ser el peor de los destinos.
Si del odio una mente queda intacta,

y no la embiste el viento, ni la abate,
jamás caerá el jilguero de la rama.

Yeats buscaba salvar a su hija del odio circundante, salvarla para la poesía y para la vida. Paz también.

En el párrafo lateral izquierdo de la carta, Paz –de poeta a poeta– le dice: “¿no es preciosa esa línea: ‘la magnanimidad del sonido’? Gran poesía...”. Y sobre la misma línea, en el margen derecho, agrega: “¿no oyes en esas sílabas crecer y elevarse ‘el invisible follaje de los sonidos’, como dijo otro poeta?”. Y agrega: “¿Qué lees ahora? Yo sigo con Plutarco... Mil besos, tu papá Octavio.”

Quienes piensan que el vínculo entre Paz y su hija puede explicarse solo (o principalmente) como un conflicto interminable, no conocen la historia. Fue una relación compleja, profunda, fructífera, entrañable y desgarradora. Alguien, alguna vez, la recreará, con sensibilidad y justicia. –

EUROPA ¿SON DIFERENTES ESTAS ELECCIONES EUROPEAS?

JORGE SAN MIGUEL

Si. Las primeras elecciones directas al Parlamento Europeo se celebraron en 1979. Desde entonces el proceso de

construcción europea ha avanzado de manera en apariencia imparable, y con un rotundo éxito, hasta mediados de la década pasada. En los ochenta se creó el “espacio Schengen” de libre circulación y se consolidó el Mercado Único, dos de sus signos más visibles para millones de europeos. A principios de los noventa se firmó el Tratado de Maastricht, que funda la Unión Europea propiamente dicha, y con el nuevo siglo llegaba la moneda común. El fracaso de la aventura constitucional en 2004 supuso un primer gran revés a la idea de un avance lineal en el proceso. Tras la ampliación al Este, y con las primeras emociones fuertes de la crisis de la eurozona, en 2009 entraba en vigor el Tratado de Lisboa, con el que las élites europeas sorteaban el fiasco de la Constitución. Lisboa consagra el mayor protagonismo del Parlamento Europeo en el gobierno de la UE, si bien el Consejo (donde están representados los gobiernos nacionales y que ejerce de “senado con esteroides”) sigue teniendo un peso decisivo. Las elecciones de mayo de 2014 se presentan con dos novedades: los grandes partidos europeos proponen candidatos a Presidente de la Comisión (el mal llamado “ejecutivo europeo”) y el mensaje dominante se centra en la “politización” de los comicios.



Fotografía: Ricardo Salazar / Proceso Foto



En construcción.

No. La Unión Europea es, por repetir el tópico, un sistema político sin *demos*. Incluso esa minoría de soñadores/ilusos que se consideran europeos antes que nada (que la hay) paga impuestos, vota, opina, se relaciona y piensa ante todo en su país y por su país. La UE no solo carece de idioma común, sino que tiene veinticuatro lenguas oficiales, incluyendo latinas, germánicas, eslavas, bálticas, ugrofinesas y hasta una semítica. Nuestros billetes tienen motivos arquitectónicos que podrían corresponder a cualquier país o a una civilización marciana, y nombramos un premio en honor a un disidente ruso porque no éramos capaces de ponernos de acuerdo en un representante de un país comunitario. Con una diversidad y una población mucho menores, Estados Unidos precisó una guerra fratricida para construirse como nación. Pretender que celebrar unas elecciones bajo el lema mágico de la politización, o invocar los nombres de candidatos que el ciudadano medio ignora, va a suponer un paso decisivo en la construcción de ese inexistente *demos* es algo más que optimismo.

Sí. A menos que incurramos en ese vicio, tan propio de algunos nacionalismos, de contemplar las comunidades políticas como entes orgánicos, con espíritu propio y que

se desarrollan de manera natural, es claro que las comunidades políticas y el propio *demos* se forman tanto desde abajo como desde arriba. Los pueblos europeos no cayeron del cielo, sino que son el resultado de procesos seculares, a menudo desencadenados por las élites señoriales a través de alianzas matrimoniales o persecuciones religiosas, o por los Estados a partir de la educación de masas, la conscripción o los servicios públicos. Es poco probable que una España con la Corona de Aragón pero sin Portugal, o una Alaska anglosajona, estuvieran predestinadas desde la noche de los tiempos. De igual manera, la Europa del futuro dependerá de los procesos políticos que operan en este momento. La conversión de la UE en una *polity* a todos los efectos no se hará en una hora, ni en unas elecciones, pero si se ha de dar tendrá que empezar por alguna parte.

No. Un vistazo al panorama de los partidos frente a la campaña basta para disipar cualquier sospecha de que pudiesen concurrir con criterios y claves europeas en lugar de nacionales. El PSOE ha aprovechado para hacer una operación salida de dirigentes y cuadros amortizados, y el PP no consideró necesario confirmar un candidato antes del 9 de abril. La última sensación

política del momento, por su parte, presentó un manifiesto europeo que no contenía ningún punto que fuera competencia de la UE. Pero, antes de indignarnos con ellos, recordemos por qué los políticos no apelan a temas europeos: porque a los ciudadanos les dan igual.

Sí. El consenso ha sido la gran fuerza rectora de la UE y del Parlamento durante décadas. La crisis ha traído discrepancias y debates propiamente políticos donde antes solo había cuestiones de envoltorio técnico, inevitablemente aburridas para el ciudadano medio (o para todo el mundo). Nuevas líneas de fractura, como la que enfrenta a países acreedores y deudores, o a la visión elitista frente a quienes reclaman una Europa más democrática, hacen posible la existencia de distintas opciones políticas reales. Hasta ahora, la UE se ha parapetado tras su legitimidad de resultados para evitar el debate sobre su legitimidad procedimental. Tras la crisis del euro eso no es posible. Esto no es necesariamente bueno, pero puede producir cambios que a la larga sí lo sean.

No. La presunta politización podría no obedecer tanto a divisorias tradicionales de clase o ideología como al debate en torno al propio proyecto europeo. Aguas revueltas donde

los populistas pueden moverse con más comodidad que unos partidos institucionales poco habituados al choque. El mensaje de la politización podría estallarles en la cara a las élites europeístas y dar lugar a un Parlamento fragmentado y poblado de diputados que no creen en la UE.

Quizás. Como dijo Yogi Berra, es muy difícil hacer predicciones, especialmente sobre el futuro. —

ARCHIVOS CHARLES LONDON PICKERING, ACUMULADOR

✎ MARISOL RODRÍGUEZ

Vestido de toga y birrete, de pie en un exterior de día, Charles London Pickering sostiene en sus manos un diploma enrollado mientras sonrío a la cámara. La imagen no está fechada, pero el retrato es ya bastante viejo y esta es una de las pocas fotografías suyas —la única a color— en las quince cajas de documentos que le heredó al archivo de colecciones especiales de la University of the Arts London.

Pickering murió en 1998, a los noventa años. Dedicó su vida a ser, más o menos en este orden, un meticuloso impresor, un profesor, un inspector de educación en artes aplicadas y sobre todo, un ocupado miembro de distintas sociedades y clubes para tipógrafos en el Reino Unido.

Las cajas que dan cuenta de su vida están inmaculadamente almacenadas —si hay polvo, no proviene de este ambiente electrónicamente controlado— entre una colección de historietas, la colección de pósters de Tom Eckersley, el archivo personal del guionista Clive Exton y los ochocientos metros lineales que constituyen los archivos completos de Stanley Kubrick. Nadie sabe nada de Pickering y tal vez por eso, en vez de presentarme sus desordenados papeles, mi guía me muestra algunas piezas del archivo de Kubrick como introducción.

Aparentemente era un acumulador. Desde la época en que fue fotógrafo de la revista *Look* hasta *Eyes Wide*



+Materiales para educar impresores.

Shut, Kubrick encajonó cada proyecto una vez terminado. La fama trajo consigo amplias casas con espacios de almacenaje que hasta su muerte disimularon su compulsión de *boarder*. De pronto mi guía toma una caja azul y así, sin más, la abre y la acerca a mis manos. Al interior una pila de hojas amarillas, en la primera se lee línea tras línea: “All work and no play makes Jack a dull boy.” *Ob my God!* Mis manos están sudando y tengo que hacer una pausa antes de tomar la caja (confieso: no me puse guantes y sí, sí dije *Ob my God!*), que no es la única. Para su distribución en Europa, los censores exigían que la página se tradujera a los idiomas de cada país en que se proyectara la cinta. Habiendo podido cambiar solo las páginas superiores, Kubrick ordenó mecanografiar cada resma en el idioma necesario, lo que además planteó el reto de encontrar en cada lengua un proverbio que expresara lo que el inglés. Cada una de las cajas está archivada aquí, junto a los calzones de Jack Nicholson. Literalmente.

Las oficinas de estas colecciones fueron diseñadas para lucir como uno de los icónicos interiores de Kubrick, en este caso la recepción del Hilton Space Station 5 en 2001: *A Space Odyssey*. Como en la cinta, el piso podría ser el techo en una habitación dominada por la luz blanca que se distribuye uniformemente por todo

el plafón acrílico y se refleja en la total blancura del suelo. Rematan el espacio las sillas rojas, acento recurrente de Kubrick. Me enfrento aquí, por fin, en este ambiente aséptico, ya no al director de cine, sino a un hombre que le temía al futuro. Una primera revisión de los materiales sin catalogar de Charles London Pickering revela un archivo cronológico de recortes de prensa, hojas arrancadas de revistas y distintos panfletos en los que se discutían con gravedad los avances tecnológicos que terminarían por transformar su oficio, solidificar las industrias creativas y entronar a los magnates de los medios de comunicación. El síntoma más claro: el tipógrafo, el formador, el impresor y una cadena de técnicos y artesanos especializados encarnaban ahora en un solo diseñador gráfico que desde 1954 se educaba como tal en el London College of Printing, hoy el London College of Communication.

Las observaciones de Pickering se tocaban sutilmente entre los temas a discutir en las sociedades a las que pertenecía, The Double Crown Club y The Wynkyn de Worde Society entre las más prominentes. ¿Qué trae consigo el futuro? Un ensayo firmado por Roger Bridgman, sin fecha y arrancado de una publicación sin identificar, dialoga sombríamente con estos documentos. Se titula “I’m frightened” y fracasa en su intento de ser una

declaración de principios pues sobre todo lo domina un profundo recelo hacia los nuevos poderes, más que tecnológicos, que comienzan a controlar la profesión:

Tengo miedo. Tengo miedo de lo que no conozco. Quiero escapar de este miedo. Así que debo intentar saberlo todo. Aquí hay un problema para el diseñador, uno con el que debe romperse la cabeza. Los clientes usualmente le piden operar... contra la vida... Le piden usualmente hacer un diseño para un sistema que hace dinero. Hacer dinero está bien, pero solo para el cliente... el diseñador debe estar listo para romper sus cheques... si el cliente está intentando usarlo para canalizar la vida lejos de las personas.

El miedo se materializó el 24 de enero de 1986, cuando seis mil empleados de periódicos entraron en huelga al fracasar las negociaciones para mudarlos de Fleet Street (asentamiento de la prensa desde el siglo XVI) a Wapping, al Este de Londres, donde Rupert Murdoch edificó un búnker para agrupar el *Times*, el *Sunday Times*, el periódico *Sun*, el *News of the World* y supuestamente un nuevo medio. De un día a otro las redacciones fueron trasladadas y cinco mil empleados fueron despedidos. No hubo un día que no se publicaran estos títulos durante el año que duró el conflicto. El cambio trajo consigo la limitación (auspiciada por Margaret Thatcher) de los poderes de los sindicatos y nuevas condiciones tecnológicas que, según Murdoch, supusieron una mejora generalizada e irrevocable de las condiciones de trabajo. Para Ian Griffiths (de *The Guardian*) la tecnología abarató los costos de producción de los periódicos, pero no la mejoró. “Fue un error creer que la tecnología representaba el fin de la era dorada (de los oficios) como fue un error creer que Wapping era una planta construida para albergar un nuevo periódico vespertino.”

Pickering guardó algunos ejemplares del *Times* de la época, pero me pregunto si su interés estaba en absoluto cercano a Wapping. Los periódicos que guardó corresponden al último número del *Times* impreso con placas

de plomo y el primero impreso como litografía en *offset*, tecnología entonces inédita en el imperio. Aunque en sus portadas se reportan tímidamente las batallas campales entre policías y trabajadores, el ojo de Pickering me lleva a la letra pequeña —o eso me parece, en mi *fiebre de archivo*—, a la apariencia de la fuente Times Roman, una variación de la Times New Roman (1931) diseñada para el *Times* por Victor Lardent y Stanley Morrison, miembro original del exclusivo Double Crown Club para tipógrafos, historiadores e impresores, club al que pertenecía Pickering, siendo Morrison una figura recurrente en su propio archivo.

Charles London Pickering no tuvo descendencia. Sabemos que tenía un hermano. Diseñó la invitación al cumpleaños de su sobrina alguna vez. En mi mente lo veo alegre, brindando mientras habla de los *golden years of printing*, como lo hacían los miembros de la Wynkyn de Worde Society hace unos días en su más reciente reunión compuesta por añejos miembros que hablan con frecuencia de tradición. “A los miembros les importa la calidad de lo que hacen”, me dice el que fue el diseñador de la Oxford University Press durante treinta años. Ahora está retirado, es un diseñador *freelance*.

I'm frightened. —

POLÍTICA PUBLICAR LA LEYENDA

✎ MIGUEL AGUILAR

En abril de 1962, con John Fitzgerald Kennedy en su apogeo y Washington convertido en Camelot, John Ford estrenó su última gran película: *El hombre que mató a Liberty Valance*. Quien no la haya visto está perdiendo el tiempo, pero para los olvidadizos: Ransom Stoddard, un joven abogado, llega a un pueblucho del Oeste justo cuando se ha de votar si el territorio apoya convertirse en un estado o prefiere mantenerse al margen, opción preferida por los poderosos ganaderos y su sicario, Liberty Valance, que mantiene atemorizada a la población. El único que le planta cara es Tom Doniphon, un rudo pero honesto vaquero, que ve con tristeza como su



+Política sin ironía.

novia, la guapa Hallie, desplaza sus afectos hacia el abogado. Stoddard logra ser elegido representante del pueblo en la convención territorial, pero cuando Valance le reta a un duelo se ve obligado a recurrir a las armas contra sus principios; para sorpresa de todos, logra matar al forajido. Ese asesinato es la base de su brillante carrera política posterior, pero lo que revela al final de la película, que es un largo *flash back*, es que él no mató a Liberty Valance; fue Doniphon, que estaba apostado en un callejón, y que le salvó la vida en un último gesto de amor hacia Hallie. De hecho, Stoddard solo aceptó su primera nominación al congreso cuando Doniphon se lo confesó. El periodista que escucha esta declaración muchos años después de los hechos termina diciendo: “en el Oeste, cuando las leyendas se convierten en hechos probados, hay que publicar las leyendas”, y rompe las notas que había tomado su ayudante.

Es una película fascinante, en no pequeña parte porque sería imposible rolarla hoy. Más allá de encontrar sustitutos a John Wayne, James Stewart o Lee Marvin, el problema es cómo hacer verosímil una historia de buenos y malos. El cinismo

acumulado en los últimos cincuenta años hace muy fácil una relectura desmitificadora de la película en la que Stoddard, un miserable leguleyo, juega con Doniphon y su nobleza para quitarle su novia, su estatus como héroe local y su dignidad. Es un político, al fin y al cabo, y ya sabemos cómo son y cómo han sido retratados por gente tan dispar como García Márquez (los decrepitos abogados de negro de *Cien años de soledad*), James Ellroy en *LA Confidencial* o David Simon en *The Wire*.

Y sin embargo, en 1962, en Hollywood, todavía se podía hacer un retrato de un político sincero. Al año siguiente, el asesinato de Kennedy puso fin a Camelot y pronto el Watergate enlodó la política para siempre. Entre tantas mentiras la verdad parece inconcebible. Ese cinismo inducido se propagó por todas las esferas. En la ficción, quien mejor analizó esa deriva fue David Foster Wallace:

La ironía y el cinismo fueron la réplica necesaria a la hipocresía dominante en Estados Unidos en los cincuenta y los sesenta [...] El problema es que una vez que desmontas las reglas del arte, y una vez que la desagradable realidad que la ironía destapa ha sido destapada y revelada, entonces, ¿qué hacemos?

El cinismo y la ironía posmodernos se convirtieron en un fin en sí mismos, una medida de la sofisticación contemporánea y el talento literario. Pocos artistas se atreven a intentar hablar sobre cómo arreglar lo que no funciona, porque a los ojos de todos los desengañados ironistas parecerán sentimentales e ingenuos. [...]

El problema es que, más allá de que haya sido malinterpretado, lo que nos ha llegado del auge de la posmodernidad es sarcasmo, cinismo, un *emui* permanente, recelo de toda autoridad, recelo de toda restricción al comportamiento y una terrible tendencia a hacer diagnósticos irónicos de lo que nos desagrada, en vez de la ambición no solo de diagnosticar y ridiculizar, sino de solucionar. Hay que entender que esto ha permeado nuestra cultura. Se ha convertido en nuestro idioma;

estamos tan metidos en ello que ni siquiera percibimos que es una entre muchas maneras de ver. La ironía posmoderna se ha convertido en nuestro hábitat.

Para David Foster Wallace, como dijo Sam Adler Bell, “la ironía se ha convertido en una enfermedad que nos impide escribir ficciones que traten las verdades, los miedos y los deseos, viejos y pasados de moda, que han unido a la humanidad en temores y esperanzas compartidas”.

Una cita tan larga y en principio extravagante sobre los problemas de la literatura estadounidense contemporánea se justifica porque es perfectamente aplicable a la política española. En España, en los setenta, un político podía decir frases como “hay que elevar a la categoría política de normal lo que en la calle ya es normal” o “la Constitución no resolverá todos nuestros problemas, pero todos seremos protagonistas de nuestra historia” o “el futuro no está escrito porque solo el pueblo puede escribirlo” y la gente le creía aunque no le votara. Hoy miramos con las gafas de la ironía posmoderna y no nos creemos nada. Durante mucho tiempo, es cierto, aplicamos la regla de los periódicos del Far West y publicamos la leyenda, pero cuando hemos decidido buscar la realidad no nos vale con que Doniphon fuera quien matara a Valance. Nuestro cinismo nos hace ver a Stoddard como un manipulador y a Hallie como una trepa que prefiere al futuro senador que al campesino. Así, hemos convertido a la Transición en el gran engaño, y bien provistos de sarcasmo, ironía y cinismo procedemos a invalidar cualquier versión de nuestra historia que considere que sentimientos nobles y principios éticos jugaron un papel. ¿Para enfrentarlos con qué?

En la manifestación pública de dolor por la muerte de Adolfo Suárez cupo ver una nostalgia por esa ingenuidad perdida, por el tiempo en que se podía hablar de un proyecto común ilusionante sin provocar sonrisas condescendientes. La admiración por un tipo listo y hábil que acabó creyéndose su personaje. Como era de prever, fue un fognazo. Enseguida el debate

se enfangó y entre medias verdades y mentiras enteras logramos hundir otro poco un momento brillante de nuestra historia, y no hay tantos. Es un pequeño consuelo, pero al menos treinta mil personas hicieron cola en las calles de Madrid. Puede que fueran los últimos ingenuos, como seguramente pensarán los descreídos; también puede que fueran conscientes que Adolfo Suárez contribuyó a que la vida de todos fuera mejor. Y, más allá de cualquier leyenda, eso merece un agradecimiento. —

LIBROS INFANTILES CUATRO DÍAS ILUSTRADOS

LAIA JUFRESA

Es mi primera vez aquí, en la feria del libro infantil de Bolonia. Se nota en mi alto consumo de paracetamol. Los habituales traen maletas con ruedas y visitan un pabellón por día. Yo, que quiero verlo todo, paso quince horas diarias caminando entre los veinte mil metros cuadrados de feria, con el peso de los catálogos y revistas acumulándose en la bolsa: ni mochila traje. Escuelas de ilustración, países, editoriales: todo el mundo tiene un folleto para ti. Viéndolo —y cargándolo— parece histérico y remoto el debate sobre la supervivencia del papel. Pero es un tema recurrente en los pasillos: aquí todo el mundo se dedica al libro. A la feria solo entran profesionales. De hecho, el público en general nunca había tenido acceso hasta que se abrió un único pabellón en forma de librería internacional.

Hay otros cuatro pabellones con estands de editoriales y uno dedicado al *licensing*, lleno de objetos susceptibles de ser decorados con la cara de algún personaje famoso. Hay también una zona, en el segundo piso, dedicada a los agentes: quizá la parte más importante de una feria pensada para albergar el comercio de derechos. Básicamente a eso se viene aquí: a vender y a comprar algo que, bien mirado, resulta de lo más abstracto pero que, al final del día, permite la circulación de un mismo libro en distintos idiomas. El eslogan de la feria es “The



Fotografía: Stefan Labuschagne

+Veinte mil metros cuadrados dedicados a la literatura infantil.

right place for children's content". Aquí es donde las editoriales del mundo consiguen o revenden sus hallazgos. "I'm only selling", te dicen unos. O: "Just buying!"

Los otros gremios del libro tienen un —pequeño— nicho para conferencias y eventos: autores, traductores y —el mejor representado— ilustradores. Es en el carácter universal de la ilustración donde mejor se espeja la fisonomía internacional de la feria.

En Bolonia se anuncian los premios más importantes de la literatura infantil: tantos que no me cabrían aquí. Mencionaré solo dos, muy nuevos, que hablan de para dónde vamos: premio al mejor libro electrónico y premio al mejor "libro silencioso" (ilustrado y sin palabras). Este último es un indicio de la independencia que están cobrando los ilustradores como creadores. Otro es que, en Italia, ahora se llaman *autori di immagini*. En el pasado (francamente no muy largo) de la literatura infantil y juvenil, el escritor tradicionalmente ha recibido más atención y respeto que el ilustrador. Eso debe cambiar, y es en Bolonia donde este giro urgente se siente más cercano. Aunque la Feria Internacional del Libro de Guadalajara no se queda atrás. Verónica Mendoza, coordinadora de expositores, explica que, inspirados en Bolonia, empezaron a hacer *FILustra* y el Catálogo Iberoamericano de Ilustración. Este año, además, dan un *fellowship* para diez editores no hispanos que quieren traducir libros latinoamericanos

infantiles. A su vez, *FILustra* inspiró eventos similares en Bogotá y en Santiago. Una cadena feliz, que va *in crescendo*.

La feria está a veinte minutos en autobús del centro, pero Bolonia entera se involucra. Las galerías exponen ilustradores, y de los más grandes: Katsumi Komagata, Isol, Benjamin Chaud; y en las vitrinas de las tiendas de joyas o chocolates hay libros álbum expuestos, aunque ya el viernes empiezan a cambiarlos por huevos de Pascua. Ni que sea más que por cuatro días al año, resulta conmovedor ver a una ciudad rindiéndole homenaje a una rama de la narrativa tan injusta como sistemáticamente ninguneada.

Para el jueves —cuarto y último día— los stands están de mudanza, han metido todo en cajas o celebran sus últimas citas apuradas. Me encuentro a una editora chilena que llora a mares: en lo que fue al baño, le vaciaron el stand. Los habituales nos explican que el último día la gente comienza a robar libros, es casi tradición. Me resulta perturbador el dato: ¿los lectores de libros infantiles no somos más honrados sino, en todo caso, apenas más pacientes?

En el stand de Suiza han dispuesto una mesa larga sobre la cual hay un lunch de lujo (por lo menos en comparación a la pizza que todos llevamos tres días consumiendo, de pie) y —aún más impresionante— vino en copas de verdad. *Gli svizzeri...* me dice suspirando un italiano que está, como yo, ahí

parado observándolos. En el pabellón de *licensing*, ahora pelón, se apilan las exparedes de los stands. Ayer Ana Luelmo, coordinadora de *FIL* niños, me dijo que ella observa, además de los libros, los stands mismos. Parte de su trabajo es idear un mobiliario que aguante nueve días de feria, y luego pueda reciclarse. Me parece fascinante, empiezo a mirar mejor las cosas y los materiales. ¿A dónde van los stands cuando no hay feria? Le pregunto su opinión a una señora de la limpieza. No sabe, pero me asegura que *domani* no habrá nada: ni siquiera las alfombras. —

FILOSOFÍA EL MITO DEL PROGRESO

RAMÓN GONZÁLEZ FÉRRIZ

John Gray (South Shields, Inglaterra, 1948) es uno de los filósofos más importantes de nuestro tiempo. Cercano a la tradición liberal, pero casi siempre heterodoxo, ha estudiado a Isaiah Berlin, la relación entre política y religión —de Al Qaeda al neoconservadurismo estadounidense—, la noción de "progreso" en la modernidad y las visiones del ecologismo. Además de eso, es un muy prolífico autor de reseñas en *The New York Review of Books*, *Prospect* y *The New Statesman* (algunas de las cuales han aparecido también en *Letras Libres*). Criticado en ocasiones por sus aparentes cambios de posición —estuvo cercano al proyecto de Thatcher, que luego criticó duramente—, siempre ha defendido una idea utilitarista de la política: "la política es el arte de idear remedios temporales para males recurrentes: no es un proyecto de salvación, sino simplemente una serie de recursos", escribió en *Anatomía de Gray* (Paidós). En esta entrevista repasamos algunos de sus temas centrales.

Ha escrito que el liberalismo ha contribuido, de manera evidente, al bienestar humano. Pero tiene la sensación de que el liberalismo, tal como lo conocemos ahora, no seguirá siéndonos igualmente

Fotografía: Steve Pyke



+Gray: "Mi crítica del progreso es una recuperación de la visión antigua."

útil. A causa de las grandes migraciones, de las nuevas tecnologías y de expresiones culturales novedosas, debemos reinventarlo. ¿Cómo?

He sostenido que la mayoría de clases de liberalismo se apoyan en expectativas de progreso social poco realistas, lo que limita su utilidad. Los tipos de liberalismo predominantes en la filosofía política en los últimos treinta años han sido versiones de la teoría de la justicia de Rawls, que me parece provinciana y legalista. En esencia, la teoría de Rawls es poco más que la codificación de la teoría constitucional estadounidense, que no tiene autoridad universal. El pensamiento de Isaiah Berlin me parece un correctivo vital a ese liberalismo predominante en la medida en que reconoce los conflictos entre valores dentro del liberalismo y es aplicable a muchas más circunstancias.

Isaiah Berlin, dice usted, "ocupa un lugar muy distinguido" entre los pensadores políticos. Pero me parece que no se siente del todo cómodo con su idea del "pluralismo de valores". Usted ha hablado, en cambio, de un

"liberalismo agónico". ¿Cuál es la diferencia entre los dos?

El pluralismo de valores, que acepto plenamente, es la idea de que los valores humanos no son un todo armonioso sino, inevitablemente, muchos y con frecuencia en conflicto. Lo que no acepto es la afirmación, que se encuentra en alguno de los escritos de Berlin, de que de este pluralismo de valores puede derivarse alguna clase de liberalismo universal. Con todo, en una nueva edición del año pasado de mi libro sobre él [*Isaiah Berlin. An Interpretation of His Thought*, Princeton University Press], sostengo que es mejor comprender a Berlin no como un liberal doctrinario, sino como un teórico de la decencia humana. En otras palabras, como alguien que desarrolló una idea de qué es una sociedad mínimamente aceptable, liberal o no. Si interpretamos a Berlin de esta manera, estoy totalmente de acuerdo con él.

Habla usted de una "sociedad mínimamente aceptable". Eso es difícil de cuantificar, pero podemos estar de acuerdo en que las sociedades occidentales son hoy menos violentas y más tolerantes. Sin embargo, usted

ha defendido en numerosas ocasiones –también en sus últimos libros, *El silencio de los animales* y *La comisión de la inmortalización* (ambos en Sexto Piso)– que el progreso moral no existe.

La creencia moderna en el progreso moral y político es una versión laica de la creencia monoteísta en la redención por la historia. En la antigüedad precristiana no existía nada parecido a esta creencia y la historia se veía, en lo esencial, en términos cíclicos. Mucha gente dice que no entiende mi argumento de que el progreso no existe: he oído decir decenas o centenares de veces que no se trata de ser perfectos, que se han producido muchas mejoras... Pero lo que yo digo es que, aunque esas mejoras pueden ser reales, son todas reversibles. La visión del mundo de la antigüedad –en Grecia, Roma, India, China y demás– era que la historia no es un relato de avance gradual sino un ciclo infinito de civilización y barbarie. Mi crítica del progreso es una recuperación de esta visión antigua.

Una de las cosas que no acabaron de entender quienes creían en esta idea lineal del progreso fue la religión: muchos ilustrados o progresistas creyeron que iría desapareciendo gradualmente de la esfera pública. Esto no ha sido así, y seguimos discutiendo constantemente sobre religión.

La religión nunca desapareció, sino que adoptó otros aspectos como el comunismo o el nazismo. El pensamiento laico, en su mayor parte, es solo religión de una manera reprimida o disfrazada. La gente no lo entiende porque cree que la religión puede ser desdeñada simplemente rechazando las creencias religiosas. Como sostengo en *Misa negra* [Paidós], las formas religiosas de pensar han seguido dando forma a la ética y a la política incluso cuando la creencia religiosa ha descendido. No veo ninguna razón para corregir este análisis. Al contrario, la religión se ha convertido en un factor aún más fuerte en la política desde que publiqué el libro en 2007. Cosas como las

que han pasado en Egipto y Siria no pueden entenderse sin comprender el papel de la religión.

Usted es ateo, pero con frecuencia ha criticado lo que llama "ateísmo evangélico", los no creyentes que tratan de convertir a los creyentes al ateísmo.

Los ateos evangélicos quieren convertir a la humanidad a una clase particular de incredulidad. Yo no tengo interés en convertir a nadie a nada. Mi trabajo consiste en hacer preguntas y dejar que el lector piense por sí mismo. A menos que sus creencias sean claramente venenosas —racismo, antisemitismo, homofobia, etc.—, no me interesa lo que la gente crea o deje de creer.

En lo que mucha gente cree, sea religiosa o no, es en la política como un espacio en el que es posible la salvación humana, una posibilidad de redención. ¿No cree que eso sí es pernicioso porque genera expectativas que la política de ninguna manera puede colmar? ¿Y no cree que en eso se parece a la religión?

Sin duda, mucha gente ha creído que la política es un proyecto de salvación: no solo los comunistas o la derecha radical, sino también muchos liberales. Esa es la razón por la que he criticado esa idea. Pero adoptar la

religión como una ficción es diferente, porque no implica nada acerca de lo que los demás deberían hacer.

En *El silencio de los animales* afirma que durante las últimas décadas, tanto en Estados Unidos como en Europa, la gente ha creído que la vida —su vida— debe ser una historia de mejora constante, de progreso ilimitado. Ahora, no sabemos si la gente reconoce que es posible que una era de riqueza generalizada haya llegado a su fin y haya que pensar en vivir de otra forma o si más bien cree que, de alguna forma, la política lo puede todo y reconducirá la situación.

Mucha gente está empezando a sospechar que el futuro no será mejor que el pasado, sino peor. Por desgracia, esto no está haciendo que sea más modesta en sus expectativas de la política, sino más extrema. En muchos países europeos, están cobrando fuerza movimientos radicales de extrema derecha que ofrecen soluciones fraudulentas a problemas sociales señalando con el dedo a las minorías. Este es el peligro actual. En 2008, cuando empezó la crisis, predije que esto sucedería, pero la gente me decía que era demasiado pesimista.

En *La comisión de la inmortalización*, explica cómo los

humanos hemos creído que, por medio de la ciencia y la ideología, podemos derrotar a la muerte y alcanzar la inmortalidad. ¿Es ese el extremo más absurdo de la creencia exagerada en el progreso?

La humanidad moderna no acepta la muerte porque esa aceptación va en contra tanto de la fe prevalente en la ciencia como contra las formas tradicionales del monoteísmo. Como la política ha decepcionado la esperanza de progreso, se han depositado esperanzas aún mayores en la ciencia. La longevidad humana es cada vez mayor, y puede que crezca aún más como resultado de un conocimiento científico cada vez más grande. Pero ningún avance de la ciencia hará que los humanos sean inmortales.

En los años ochenta, pregunté a algunos estadounidenses que creían en la inmortalidad por medio de la criogenética (congelar el cuerpo o el cerebro) por qué pensaban que las empresas que conservaran sus cadáveres congelados seguirían en pie siglos más tarde, cuando tenían la esperanza de ser resucitados. ¿No habría depresiones económicas, colapsos de regímenes y guerras globales en el futuro, como las ha habido en el pasado? Me miraron sin comprender. Creían que la sociedad —o al menos la suya— ya era inmortal. —

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ MURIÓ EN EL MOMENTO EN QUE MANDÁBAMOS ESTE NÚMERO A LA IMPRENTA. EN

letraslibres.com

PUBLICAREMOS UNA SERIE DE RELECTURAS Y ENSAYOS EN TORNO A LA OBRA DEL GRAN ESCRITOR Y NOBEL COLOMBIANO. DESCANSE EN PAZ.



Fotografía: Rogelio Cuellar